

ALDEA  
LITERARIA



# La vida. en el cielo

JOSÉ EDUARDO AGUALUSA

**ALDEA  
LITERARIA**

**La vida.  
en el cielo**

JOSÉ EDUARDO AGUALUSA



Editora de la colección: Karina Echevarría  
Asistente editorial: Fabiana Teixeira Lima  
Traductora: Evelia Romano  
Corrector: Mariano Sanz  
Coordinadora de Arte y Diseño: Natalia Otranto  
Diagramación: Azul De Fazio  
Imagen de tapa: Thinkstock  
Gerente de Prerensa y Producción Editorial: Carlos Rodríguez

Título original: *A vida no Ceu*

Agualusa, José Eduardo  
La vida en el cielo / José Eduardo Agualusa. - 1a ed. -  
Boulogne : Cántaro, 2016.  
144 p. ; 20 x 14 cm. - (Aldea Literaria)

Traducción de: Evelia Romano.  
ISBN 978-950-753-435-5

1. Narrativa. 2. Novela. I. Romano, Evelia, trad. II. Título.  
CDD 863

© Editorial Puerto de Palos S.A., 2016  
by arrangement with Literarische Agentur Mertin Inh. Nicole Witt,  
Frankfurt am Main, Germany.

Editorial Puerto de Palos S.A. forma parte del Grupo Macmillan  
Avda. Blanco Encalada 104, San Isidro, provincia de Buenos Aires, Argentina  
Internet: [www.puertodepalos.com.ar](http://www.puertodepalos.com.ar)  
Queda hecho el depósito que dispone la Ley 11.723.  
Impreso en la Argentina / Printed in Argentina  
ISBN 978-950-753-435-5

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización y otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

# La vida. en el cielo

JOSÉ EDUARDO AGUALUSA

*Novela para jóvenes y demás soñadores  
(en la que se incluye un brevísimo diccionario filosófico del mundo flotante para  
que lo usen los nefelibatas aficionados).*

*Para Carlos y Vera, que no me dejan envejecer.  
Para Lara, por el mismo motivo y por los pasteles de nata.  
Para Verónica Metello, que me presentó a la sociedad de los  
admiradores de nubes.*

*En la alegre lengua de los nefelibatas, la palabra sueño  
—o mejor, la carcajada que significa sueño—  
es la misma que significa vida.*

**Han-Li, en Secretos de los Nefelibatas**

*(...) Un indio descenderá de una estrella colorida y brillante  
(...)  
y aterrizará en el corazón del hemisferio sur, en América, en un  
claro instante.*

*Después de exterminada la última nación indígena,  
y el espíritu de los pájaros, de las fuentes, del agua limpia.  
Más avanzado que la más avanzada entre las más avanzadas  
tecnologías.*

*(...)*

*En un punto equidistante entre el Atlántico y el Pacífico.  
De un objeto, sí, resplandeciente, descenderá el indio.  
Y las cosas que yo sé que él dirá y hará, no sé decirlas  
así, de un modo explícito.*

*Y aquello que en ese momento se revelará a los pueblos,  
sorprenderá a todos, no por ser exótico,  
sino por el hecho de haber estado siempre oculto  
cuando en realidad estaba a la vista.*

**“Un indio”, canción de Caetano Veloso**

*Cielo: todo el territorio donde la vida es más leve que el aire. Para los más viejos, es un lugar desprovisto de pasado, como si existiera el canto de un ave sin que existiera el ave. Un lugar hacia donde ascienden los sueños, incluidas las pesadillas.*

Después de que se acabó el mundo, fuimos al cielo. El Gran Desastre —el Diluvio— sucedió hace más de treinta años. El mar creció y devoró la tierra. La temperatura en la superficie se volvió intolerable. En pocos meses, se fabricaron cientos de zepelines enormes. Entre los más grandes están el Shanghái —con cincuenta mil habitantes—, el Nueva York, el San Pablo y el Tokio, cada uno de ellos con veinte mil. Las familias más pobres, sin recursos para comprar apartamentos en esas ciudades flotantes, construían globos, a los que llamamos balsas, muchos de ellos muy rudimentarios.

Solo un uno por ciento de la humanidad, unos seis millones de navegantes, consiguió ascender a los cielos, escapando del infierno de allá abajo. Desafortunadamente, la mayoría de las balsas resistió poco tiempo. Se precipitaban y se hundían en el mar. Diez años después del Diluvio, solo quedaban entre las nubes unos dos millones de personas.

Los balseros diseñaron aldeas suspendidas en el aire, atando los globos unos con otros, mediante redes de cables fosforescentes que brillan en la noche e intrincados puentes de cuerdas.

También se construyeron decenas de grandes ciudades-navío. Obtener la energía necesaria para mantener una temperatura soportable en el interior de esas ciudades fue siempre un problema. Al empeorar las condiciones de vida, se produjeron levantamientos. Grupos de marginales tomaron el control de los navíos, hoy en ruinas y a la deriva, aunque en algunos de ellos, según se dice, todavía resisten una media docena de sobrevivientes.

Me llamo Carlos Benjamín Tucano, y nací hace dieciséis años, en una aldea, Luanda, que agrupa más de trescientas balsas y en su conjunto ocupa un área bastante extensa. Las aldeas grandes son lentas y difíciles de maniobrar. Una balsa aislada, aunque menos rápida que un zepelín, consigue evitar tempestades navegando delante de las nubes.

Mi papá, Julio Tucano, desapareció durante un temporal. Cayó mientras intentaba salvar una balsa, incendiada por un rayo. Tan pronto se serenó el cielo, le pedimos ayuda a un globo pesquero, el Paraty, con la esperanza, un tanto absurda, de que hubiese escapado con vida de la caída.

La familia Paraty pesca con línea, con red, y buceando. En todos los casos, están obligados a bajar la balsa hasta escasos metros por encima del agua. Se sumergen atados a cuerdas. Muchas especies de peces no sobrevivieron al aumento de temperatura y a la creciente acidez de los océanos. Entre los peces que resistieron el cambio están los tiburones, cuyo número aumentó mucho. El calor es el primer peligro que enfrentan los pescadores que bucean. En la superficie del agua, el aire se torna casi irrespirable. Durante el día, el mar permanece cubierto por una neblina densa. La visibilidad reducida es, por lo tanto, el segundo peligro. Muchos pescadores chocan, al saltar, contra la basura flotante. El tercer peligro, evidentemente, son los tiburones.

Los pescadores sobrevolaron el mar durante varios días y no encontraron señales de mi papá. En Luanda, todos se convencieron de que había muerto en la caída, lo que era lo más probable, y si no en la caída, después, ahogado, o sofocado, o comido por los tiburones.

Todos, menos yo.

—Papá no murió —le dije a mi madre—. Déjame ir a buscarlo. Papá tiene más vidas que un gato.

Conocía la expresión, pero, en verdad, nunca vi un gato. Los ricos, en los zepelines, crían gatos y perros. En las balsas, en cambio, es imposible. No hay comida suficiente. Me despedí de la familia y los amigos, y me transformé en un navegante solitario. El Maianga es un globo de tres pisos, muy elegante. En la tierra, mi papá era arquitecto. Fue él quien diseñó nuestra balsa. Julio nació en San Gabriel de Cachoeira, una pequeña ciudad al norte del estado de Amazonas, pero creció en Río de Janeiro. Después de terminar sus estudios, se trasladó a Angola, y allí conoció a mi madre, Georgina, que era bibliotecaria. Nunca más salió de Luanda. O mejor, salió de Luanda en la tierra para Luanda en el cielo, siempre acompañado de mi madre.

Los grandes zepelines evitan el mal tiempo. Raramente enfrentan las cuatro estaciones, y mucho menos tempestades.

Flotan plácidos e indiferentes, siguiendo al sol del verano, a lo largo de una ruta conocida como el Camino de las Luces. Es un nombre apropiado. El esplendor de las grandes ciudades a lo largo de esa ruta llega a competir con el brillo de las estrellas.

Buscando en Internet las rutas de los grandes zepelines, descubrí que uno de ellos, el París, se había alejado del Camino de las Luces y había pasado muy cerca de nuestra aldea durante la tempestad. Lo más extraño es que no había pasado por encima de la tormenta, para evitar la turbulencia, como es la regla, sino a unos cien metros por debajo de nosotros.